COLEGIO ADVENTISTA DE COPIAPO
BIBLIOTECA
6120
C. R. A.

LEYENDAS CHILENAS

ILUSTRACIONES DE
FELIPE RUIZ

RECOPILACION DE
FERNANDO EMMERICH

EDITORIAL ANDRES BELLO

INDICE

Prólogo 7
El derrotero del gringo loco 9
La Tirana del Tamarugal 17
Juan Soldado 21
El hombre-pájaro 31
La Laguna del Inca 35
Las Tres Pascualas 41
Lican Ray 47
Licarayén 53
El Caleuche 61
El arquero del bosque 69

PROLOGO

Todas las regiones del mundo tienen sus leyendas. Unas más ricas, otras más simples, pero siempre relacionadas con la mitología o el pasado.

A veces éstas provienen de hechos reales, sucedidos en una época remota, que, con el correr del tiempo, al contarse y recontarse, se transforman, se enriquecen con elementos mágicos y adquieren dimensiones más allá de lo real.

En otras ocasiones representan la expresión simbólica e idealizada de los anhelos de sociedades primitivas. Estos, que quedan fuera de sus posibilidades y de sus conocimientos, se realizan en forma figurada a través del simbolismo de la leyenda.

Por último, se originan por la expresión del temor ante circunstancias o sucesos que afectan en forma grave la vida de un pueblo y que el hombre no puede prevenir ni evitar. El suceso temido, la amenaza posible, se transforman entonces en una leyenda.

De estos dos últimos tipos encontramos algunas leyendas comunes en sociedades distantes y que

no han tenido ningún contacto. Icaro, el ser mitológico de Grecia que volaba con alas pegadas con cera, y el hombre-pájaro de la Polinesia; el barco fantasma de la mitología nórdica y el Caleuche de Chiloé.

Chile tiene innumerables leyendas; unas anteriores a la Conquista, que forman parte de los mitos aborígenes; otras, que reflejan el contacto de éstos con los conquistadores; por último, las que nacen del sobrehumano esfuerzo de ocupar y dominar un territorio que encerraba enormes regiones desconocidas.

En esta recopilación se recogen algunas de ellas que abarcan desde los desiertos del Norte hasta la Tierra del Fuego austral, como una pequeña muestra del muy variado acervo mítico y legendario del país.

EL DERROTERO DEL GRINGO LOCO

(Antonio Landauro)

ALLA por los años 1883 ó 1884 llegó a establecerse en Arica un simpático inglés llamado Thomas O'Ryan. Se suponía que era médico o algo parecido. Se trataba de un hombre bondadoso y cordial que exhibía un profundo sentido religioso. Oía misa casi todos los días y le gustaba conversar mucho con el cura. Explicaba él su devoción relacionándola con los padecimientos que le provocaba una antigua herida recibida en la última rebelión de Irlanda. Pues bien, "míster Tommy", como lo llamaban los pilluelos de Arica, se vio obligado un día a tomar una resolución. Le habían hablado maravillas de unas aguas termales curativas que existían en el Sur, en las proximidades del Tinguiririca. Esas termas se llamaban y se llaman los Baños del Flaco y están en plena cordillera.

Esperanzado en que un tratamiento con esas aguas termales aplacaría definitivamente sus dolores, "míster Tommy" liquidó todas sus pertenencias en Arica, empaquetó sus efectos personales y se embarcó rumbo al Sur. Los ariqueños

imaginaron que no volverían a verlo jamás, pero no fue así.

Mientras tanto, el británico arribaba al pequeño caserío, polvoriento y barroso, que era Tinguiririca y se disponía a partir hacia las termas. Un viaje en aquella época a los Baños del Flaco constituía una verdadera expedición y, por lo tanto, "míster Tommy" debió contratar un par de arrieros con sus mulas y proveerse de víveres suficientes como para subsistir durante dos meses.

Habiendo establecido su campamento junto a las termas, inició su tratamiento de aguas.

Al cabo de diez días comenzaba a sentirse un hombre nuevo, y habiendo trabado gran amistad con los arrieros, obtuvo de ellos informes sobre la geografía de los contornos. El paisaje era para él maravilloso, y el aire cordillerano, una bendición. Poco a poco, a medida que se iba sintiendo mejor de su dolencia, la relativa soledad en que se encontraba comenzó a pesarle. La vida monótona y sedentaria del campamento no se avenía con su temperamento activo y emprendedor, por lo que decidió dedicarse a efectuar excursiones por los alrededores. Paulatinamente fue alargando el radio de sus paseos, hasta que una mañana salió del campamento anunciando a los arrieros que no regresaría hasta la puesta del sol.

—Quiero llegar hasta la cumbre de esas montañas —les dijo, señalándoles la que tenía enfrente—. No se preocupen por mí, que llevo cocaví para todo el día.

Al anochecer, los arrieros lo esperaban con la comida lista, pero "míster Tommy" no apare-

ció. Los dos hombres comenzaron a inquietarse, pero no se decidieron a salir a buscarlo, porque la noche estaba muy fría y especialmente negra. Pensando en que al día siguiente lo iban a encontrar desbarrancado en alguna quebrada, permanecieron casi toda la noche insomnes. Despuntó el alba y "míster Tommy" continuaba ausente. Los dos arrieros se decidieron a buscarlo abnegadamente: no lo podían dejar abandonado a su destino. Afanosamente lo buscaron por todos los cerros vecinos, sin encontrar huella alguna de él. En estos rastreos transcurrieron cinco interminables días, hasta que resolvieron enfrentar los hechos.

—Oye, Pedro —dijo uno de ellos—, tenemos que volver a Tinguiririca para dar cuenta de la desaparición de este gringo. ¡Buena cosa en la que nos vinimos a meter! Nadie nos va a creer que se murió solo.

—Mejor será que nos aguantemos un par de días más —opinó el otro—. Mira que es seguro que se van a imaginar que nosotros lo asaltamos y lo dejamos escondido en alguna quebrada. Echemos otra registrada por esas montañas del fondo; para allá salió rumbeando el gringo del demonio.

Los arrieros hicieron una última búsqueda, en forma agotadora, y, a los postreros rayos del sol, cuando, ya perdidas las esperanzas, se disponían a regresar al campamento, vieron un pequeño bulto que avanzaba penosamente por la ladera de la montaña. No podía ser otro que "míster Tommy".

Ambos hombres corrieron a su encuentro, justo a tiempo para recibir en sus brazos el cuerpo exhausto del inglés. Sus ojos hundidos, su cara macilenta delataban la dura prueba a que había estado sometido. A las ansiosas preguntas de los arrieros sólo respondió con explicaciones vagas y mal hilvanadas. Dijo haberse caído en una hondonada de la que no podía salir y que sólo se había salvado por un milagro de Dios.

—Pero ¿por dónde fue eso, patrón? Si nosotros hemos recorrido los cerros por todos lados —le insistían los arrieros. Pero él sólo respondía:

—Por ahí..., por ahí.

Regresaron rápidamente a Tinguiririca. Los arrieros ya no tenían fe en el inglés.

—El gringo está confundido —comentaban entre ellos—. No sabe lo que le pasó. ¿Dónde diablos estaría metido estos seis días?

Nada pudieron averiguar. En cambio, ya de regreso en Tinguiririca, el inglés los gratificó espléndidamente y regresó a Arica. Pero cuando estuvo de nuevo en las soleadas tierras del Morro, ya no era el mismo. Todos sus amigos notaron que había cambiado ostensiblemente. El alegre y locuaz gringo se veía silencioso y pensativo, como embargado por una gravísima preocupación. Para colmo se dio a la bebida y bajo los efectos del alcohol se desataba su lengua y hablaba incoherentemente de cosas muy extrañas.

—Yo lo vi..., ahí, al alcance de la mano —tartamudeaba—. ¡Un montón de piedras tachona-

das de oro! ¡Y allá más lejos, una ancha veta a flor de tierra! ¡Oro, oro por todos lados!

Los que lo oían meneaban la cabeza compasivamente. Ya le había dado de nuevo por "difariar" al pobre gringo. Pero un día, irritado por las burlas, el inglés sacó del bolsillo dos o tres piedras, que, ante los ojos admirados de los que lo rodeaban, brillaron fantásticamente. Eran piedras incrustadas de oro, claveteadas de oro puro.

—¿Dónde encontró estas piedras, "míster Tommy"? —lo acosaron todos al unísono, y comenzaron a exigirle una indicación precisa—. Usted ha hablado de montones de estas piedras. Pero ¿en qué parte del Sur?

—No sé..., no sé... No me acuerdo —se cerró el gringo, inflexible.

La noticia corrió de boca en boca; todo el mundo se hacía conjeturas y trataba de averiguar dónde había estado "míster Tommy". Se supo que no había pasado más allá del Tinguiririca y de los Baños del Flaco. El interés de la gente por saber dónde estaba el derrotero del gringo loco traspuso los límites de la provincia y despertó la codicia de los mineros de Atacama, Antofagasta y Copiapó. Muchos hicieron viaje especial a Arica para tratar de sonsacar algunos datos al inglés, pero éste se obstinaba en su negativa.

—¡Les repito que no sé dónde está! —gruñía—. No recuerdo nada. Y no me molesten más. No quiero saber nada del asunto.

"Míster Tommy" continuó impenetrable y la gente llegó a dudar de la veracidad de su historia; porque nunca demostró el menor interés en

explotar su descubrimiento. Pero en 1897 un hecho ineludible volvió a poner de actualidad el tema. "Míster Tommy" estaba en trance de agonía e hizo llamar a su amigo, el cura de Arica.

—Padre ¿tiene usted poder para relevarme de un voto que hice en peligro de muerte? —le consultó, y como el sacerdote le respondiera afirmativamente, continuó, murmurando—: En ese caso tendré que apurarme, porque siento que las fuerzas me abandonan. Es ese asunto del oro. La realidad no se la he contado a nadie. Una tarde salí del campamento con la intención de trepar a una montaña. Me encontré repentinamente bloqueado por un alto macizo de rocas. Con gran esfuerzo logré escalarlo y, una vez arriba, me senté a descansar sobre una piedra. Mientras observaba el panorama, mi mirada fue atraída por unos guijarros que brillaban al sol. Cogí uno, me asombró su extraño peso y al examinarlo con más detención vi..., con escalofríos..., que eran piedras tachonadas de clavos de oro. Mi corazón dio un vuelco y me levanté de un salto –siguió narrando el moribundo al sacerdote—. Recorrí ansiosamente el terreno y advertí que estaba todo sembrado de piedras de la misma clase. Poco más lejos descubrí una ancha veta aurífera que se extendía hasta perderse de vista. Estaba sobre la más fabulosa mina de oro antes vista. Dominado por un júbilo delirante, caminaba de un lado a otro, cuando perdí pie y caí rodando hasta el fondo de una especie de cráter de siete u ocho metros de profundidad. Al levantarme, me di cuenta con horror de que las paredes de ese ho-

yo eran lisas y verticales, siéndome imposible escalarlas por lado alguno. Agoté mis fuerzas intentando salir, hasta llegar al convencimiento de que, si no recibía ayuda de afuera, estaba condenado a morir de hambre y de sed en aquel hoyo infernal. Pasaron dos días y dos noches y, sintiéndome perdido, decidí encomendarme a Dios.

Thomas O'Ryan hizo una pausa. Apenas respiraba ya. Pero continuó en su relato. En su invocación a Dios había dicho:

—"Señor, si quieres apiadarte de mi infausta suerte y me sacas con vida de este trance, yo te hago el voto solemne, aquí, de rodillas, de no revelar jamás la ubicación de esta veta, por cuya riqueza la ambición de los hombres puede llegar hasta el crimen o la corrupción".

Al amanecer del día siguiente, de acuerdo con la narración del inglés, comenzó a nevar y pudo saciar la sed que lo quemaba. Poco después un cabrito salvaje, amedrentado por alguna ave de rapiña, cayó junto a él al fondo del hoyo. Devoró su carne cruda y valiéndose de sus huesos fue excavando escalones en la pared del agujero, hasta que al cabo de dos días de desesperado trabajo llegó a la superficie.

—Dios me había salvado —concluyó el agonizante, ya al borde mismo de la muerte—. Esta es la historia, padre; y ahora a usted le toca relevarme de mi voto.

El párroco de Arica trazó el signo de la cruz sobre la frente del moribundo y lo liberó de su promesa.

—Ahora, proporcióneme usted los detalles de su descubrimiento y yo se los trasmitiré a la persona que usted me indique —le sugirió el sacerdote, recordando perfectamente que el inglés no tenía pariente alguno. Pero éste no poseía ya la claridad mental suficiente para discurrir nada.

—Déme usted lápiz y papel —se limitó a solicitar al cura— y yo le señalaré el sitio exacto donde encontré la veta.

Con un esfuerzo supremo comenzó a dibujar un grosero croquis, cuyo punto de partida era el Tinguiririca. Siguió vacilando hasta señalalar los Baños del Flaco. Se detuvo ahí falto de fuerzas y, cuando trazaba una insegura línea hacia el norte, su cabeza se desplomó pesadamente. Thomas O'Ryan había muerto, y con él su secreto.

El párroco de Arica se quedó con el croquis inconcluso entre las manos y en un rapto de ira lo arrugó hasta reducirlo a una pelotilla. Pero luego volvió a guardarlo... por si acaso. Sin embargo, el derrotero del gringo loco no ha sido descubierto aún. No obstante es una leyenda que se sustenta en un papel semiarrugado que conserva una familia ariqueña. Pero la verdad es que el oro está allí, en las proximidades de las Termas del Flaco..., cerquita de la montaña trasera..., un poco hacia el norte. ¿Quién se interesa por ir? Hay oro..., oro a montones. Basta sólo con descubrir "el derrotero del gringo loco", míster Thomas O'Ryan.

LA TIRANA DEL TAMARUGAL

(Fernando Emmerich)

ON el Adelantado don Diego de Almagro vinieron a Chile tres linajudos personajes peruanos: el príncipe Paulo —cuyo hermano, Manco, había sido designado Emperador por Pizarro—, el "huillacuma", Sumo Sacerdote del Templo del Sol situado en el Cuzco, y su hija, una hermosa "ñusta" o vestal entonces de veintitrés años. Los tres eran traídos por el Adelantado en prevención de algún alzamiento: pagarían con su vida cualquier conato de rebelión de los yanaconas, cuyo número era enormemente superior al de los españoles. Estos tres personajes eran escoltados por un séquito de sacerdotes y de capitanes quichuas; todos escondían, bajo su aparente sumisión, sus deseos de liberarse y vengarse del yugo hispánico.

Al volver de Chile, cuando las desmoralizadas huestes de Almagro atravesaban la Pampa del Tamarugal, y después de recibir un mensaje de Manco, quien se había sublevado contra los conquistadores y tenía sitiado el Cuzco, el príncipe Paulo consiguió fugarse, huyendo hacia la provin-

cia de Charcas (hoy Bolivia), para fomentar desde allí la rebelión. El Sumo Sacerdote y doce oficiales quechuas quisieron hacer lo mismo posteriormente, pero no lograron consumar su evasión: alcanzados y detenidos, fueron ajusticiados por los españoles, en presencia de la propia ñusta.

La ñusta huyó poco después, adentrándose, seguida por un centenar de leales guerreros y de servidores, en los boscajes de la Pampa del Tamarugal. Allí reinó durante cuatro años, convertida en sacerdotisa y capitana de sus hombres, ejecutando sin piedad a cuanto español cayera en sus manos. La fama de su belleza y de su crueldad traspasó los límites de sus dominios y atrajo a numerosos guerreros de otras comarcas, que acudían a ponerse bajo el mando de quien había comenzado a ser conocida como "la Tirana del Tamarugal".

Por aquellos años, un joven y apuesto minero portugués llamado Vasco de Almeida laboraba en Huantajaya, mineral de plata situado a cierta distancia de Iquique. Una noche Vasco de Almeida soñó con la Virgen del Carmen, quien le señaló la ruta para llegar a la fabulosa Mina del Sol, un legendario yacimiento de plata famoso entre los quechuas. Desoyendo a sus compañeros, el alucinado Vasco de Almeida partió solo por la Pampa del Tamarugal, penetrando en los dominios de la Tirana, cuyos guerreros lo tomaron prisionero y lo llevaron ante la princesa. No bien lo vio, la ñusta se prendó perdidamente del gallardo lusitano. Pero, de acuerdo con lo esta-

blecido por la propia Tirana, el prisionero debía morir en el acto. Sin embargo, la princesa dio con un ardid para postergar la ejecución: en aquel caso, declaró, la sentencia debería ser confirmada por los astros. Consultados esa noche por la sacerdotisa, los astros aplazaron comprensivamente la ejecución: el prisionero no podría ser ajusticiado antes del cuarto plenilunio.

La ñusta se hizo cargo personalmente de la custodia del cautivo, manteniéndolo en su propia vivienda de piedra. Descuidando a sus huestes y sin preocuparse ya de su lucha contra los españoles y de las prácticas del culto, la princesa se dedicó por completo a su amante, provocando el profundo resentimiento de sus hombres.

Pero Vasco debía morir. En su afán de salvarle la vida, la ñusta trató de atraerlo a su fe. Sin embargo, las cosas ocurrieron al revés: el cautivo le habló de su religión, y poco a poco la princesa se fue sintiendo seducida por las consoladoras promesas del cristianismo. La muerte, le aseguraba el portugués, no conseguiría separarlos; al contrario, los uniría para siempre. Por fin, la ñusta decidió convertirse a la religión de su amante. Un día, ya en vísperas del fatídico cuarto plenilunio, Vasco y la ñusta se dirigieron a un claro del bosque, donde murmuraba un manantial (hoy, según la tradición, la plaza del pueblo de La Tirana). En ese lugar la princesa sería bautizada con el nombre de María por Vasco de Almeida, con quien, en seguida, contraería cristiano matrimonio. Mientras tanto, entre los árboles, los despechados guerreros de la Tirana es-

piaban la furtiva y ritual traición de su señora. De repente, una lluvia de flechas truncó la ceremonia, derribando a los dos amantes. Vasco de Almeida falleció casi en el acto, no así la ñusta, quien, moribunda, pudo hablarles aún a sus vengativos vasallos acerca de la religión por la cual había dejado la fe de sus antepasados. Y les hizo prometer que la sepultarían junto a su amado, y que sobre la tumba colocarían la rústica cruz frente a la cual había sido bautizada por Vasco.

Algunos años más tarde, un fraile mercedario, don Antonio Rondón, halló durante sus andanzas evangelizadoras por la Pampa del Tamarugal una tosca cruz cristiana en un claro del bosque. Viendo en aquel hallazgo el sacerdote una señal divina, mandó levantar en ese mismo lugar un templo. Enterado de la trágica historia de los dos amantes, y de la devoción de Vasco de Almeida por la Virgen del Carmen, don Antonio Rondón bautizó la pequeña iglesia como "Iglesia de Nuestra Señora del Carmen de La Tirana".

Con el tiempo, ese lugar se fue convirtiendo en el centro de una festividad que todos los años, a mediados de julio, llena de colorido y de fervor el pueblecito de La Tirana, formado alrededor del templo.

JUAN SOLDADO

(Antonio Landauro)

I

CORRIA el siglo XVII, época de incertidumbre en nuestra patria.

En el interior de una típica posada de La Serena se establecía el siguiente diálogo:

—¡Señor recaudador, usted está equivocado! —dijo respetuosa y pausadamente el posadero.

—¿Cómo? ¿Que no sabes acaso que el bando pregonado por el Corregidor don Gregorio Cortés y Monroy ordena que ninguna taberna debe mantener sus puertas abiertas pasada la hora de queda, bajo pena de multa y prisión?

—Eso mismo quiero decir. Aún no es hora de cerrar —agregó el posadero.

—¡Calla, insolente! Aquí no se permite alzarles la voz a los representantes del cabildo.

—Sin duda quiere aprovecharse porque soy extranjero en estas tierras —dijo resuelto el tabernero.

—Por orden del cabildo se ha mandado que el cuartillo de aguardiente se dé por cuatro reales.

—Tenga o no razón, señor, así se hará, pero sosiéguese y todo quedará concluido.

—¡Sosegarme...! Eso lo veremos... Te has atrevido a levantar la voz al caballero don Justo de Cepeda.

—¿Y por qué no? Sin duda me cree usted un cobarde. Pues sepa que he sido soldado y que el año pasado me batí con el inglés Bartolomé Sharp, cuando usted estaba río adentro. Además no tengo nada que ocultar. ¡Lo dicho, dicho!

—Estabas vendiendo el aguardiente a un precio superior a lo establecido por el cabildo.

—Señor recaudador, se equivoca, nunca he contravenido lo ordenado en los bandos.

—¡Guarde silencio y tenga respeto, señor soldadillo, no sea que venga a saldar cuentas más tarde!

—Señor, ¿me provoca? ¡Bien sepa usted que no intimidará a Juan Díaz!

—Soldadillo, don Justo de Cepeda no toma en cuenta tu poco valer; eso sería rebajar mi condición. Me eres indigno.

—Lo quisiera saber.

—¡Hemos concluido, bastardo!

—¡Eso sí que no! —dijo el tabernero, y arrojó un ducado a los pies del recaudador, que enrojeció y abandonó compungido la taberna.

II

En el año 1681 existía en La Serena un caballero llamado don María de la Peña, tan orgulloso que nadie en el mundo había superior a él; la historia no era digna de manifestar el origen de su alcurnia. Sin duda por tal motivo guardaba silencio a este respecto.

Su confesor, que pasaba por un insigne teólogo, le aseguraba que descendía del Espíritu Santo, lo que no conformaba del todo a don María. Creíase el más poderoso sobre la faz de la Tierra, y aunque no poseía gran fortuna, atesoraba viejos pergaminos que él no comprendía, pero que abonaban y justificaban los títulos de sus antepasados. Ante este personaje se presentó una vez Juan Díaz y le dijo:

—Señor, sin duda usted no sabe quién soy.

En efecto, la grandeza de don María de la Peña lo ignoraba por completo.

El joven soldado conoció al instante el lado vulnerable del caballero y repuso:

—Si he implorado la benevolencia de su gracia, es porque estoy convencido de que en su condición tiene en alta estima el honor, como cabe a todo caballero, y por esto...

—¿Qué tienes que pedirme? —dijo don María de la Peña, más envanecido que nunca por el tratamiento.

—Voy a decirlo. ¿Su gracia se dignará servirme de padrino en el reto a que he provocado a don Justo de Cepeda?

—No habría inconveniente; pero tengo motivos que me lo impiden. Don Justo de Cepeda es un valiente hombre.

—Sin embargo, el año pasado, cuando arribó el inglés, fue el primero que huyó al interior. ¡Es un cobarde! —repuso Juan Díaz.

—Tanto peor.

—No comprendo a su gracia.

—Los prudentes son siempre valientes hasta la temeridad en los desafíos.

—Nada me importa, estoy resuelto a mantener mi palabra y mi honor.

—¿Y no podría arreglarse esto de otra manera? Un desafío es un acto temerario, es un acto de ira condenado por Dios y los hombres.

"Está visto —pensó Juan—: estos nobles de pergaminos son unos cobardes."

Luego, alzando la voz, repuso:

—Si mi señor se niega a ser mi padrino, pásela bien y Dios se la demande buena.

—Hombre, mi sangre se subleva, mis nervios se crispan solamente con la idea de saber que presenciaré la muerte de un hombre... No se hable más, no puedo servirte de padrino.

—¡Ira de Dios! ¿Por qué he venido yo a estas tierras de santurrones cobardes?

—¿Yo un cobarde?

Indignado Juan Díaz no pudo controlar su fogoso temperamento y, en un arranque de rabia, retó también a duelo a don María de la Peña.

—He venido a buscar un padrino y encuentro un cobarde —exclamó ofuscado el tabernero.

—Eso no reza conmigo —replicó con faz desencajada don María—; tú y todo el mundo saben que las armas no me intimidan; pero tengo hijos, lo cual me impide aceptar tus bravatas. No sabes lo que dices. Y ahora vete de mi presencia.

—Usted, al igual que don Justo de Cepeda, es un engreído cobardón —dijo el soldadillo, y apresuró el tranco hacia la puerta.

III

Al día siguiente, don María de la Peña conferenciaba con don Justo de Cepeda en el interior de la taberna de doña Clara Cortés.

—Ese soldadillo de Juan Díaz es temible —decía don María.

—Lo mismo digo yo —respondió don Justo.

—¡Insolentarse con todo un marqués...!

—Lo mismo digo yo. ¡Y con un cabildante también...!

—Retarme, provocarme... ¡es caso inaudito!

—¡Vea qué atrevimiento!

—Y ahora me desafía.

—Lo mismo a mí.

—¿Estamos entonces los dos desafiados?

—Sin duda, pero yo no acepté. La prudencia está ante todo.

—Es usted muy prudente; mas volviendo al asunto de Juan Díaz...

—¿El soldadillo?

—Cabal. Yo lo tengo por un hombre peligroso.

—Y harto que sí –dijo un hombre que entraba al rondón de la taberna. Este era tuerto, lisiado del brazo izquierdo, y arrastraba una pierna de palo, percances obtenidos en las luchas que el rey había emprendido con sus enemigos en Italia.

—Si mi camarada no ha encontrado padrino, aquí estoy yo. Y no digo más, porque ustedes, a pesar de las veneras que ostentan en sus pechos, no quedarán deshonrados en manera alguna midiendo sus espadas con la de un soldado de honor como es la de Juan Díaz.

Y diciendo esto, dio un puñetazo sobre el mostrador y salió, haciendo un ruido infernal con su pierna de palo, y dejando a los retados sumergidos en la mayor consternación.

IV

Diez días después, el cura mosén Padín Morales, de acuerdo con el marqués María de la Peña y don Justo de Cepeda, y concluida la misa mayor, dijo a su auditorio:

—Aunque no hace un año cabal que el pirata Sharp y sus compañeros incendiaron esta ciudad, llenando de desolación a sus pacíficos habitantes, aún quedan entre nosotros enemigos tan temibles como aquéllos. Uno de ellos ha desafiado al señor marqués De la Peña y pretende liquidar también a don Justo de Cepeda.

—¡Alto ahí, señor cura; el soldado Castañeda responde por ese enemigo malo del que usted habla!

Y el militar, haciendo resonar su pierna de palo en el pavimento de la provisional iglesia, avanzó algunos pasos en medio de la asombrada multitud, y continuó:

—Vosotros no entendéis de achaques de honor; pero sépase que esta pierna y este brazo, amén de un ojo que he perdido combatiendo por Su Majestad, me autorizan para hablaros en cualquier lugar y ocasión. ¡Mejor será no escuchar a este señor cura y sus cómplices...!

Pero la influencia pudo más que la verdad. Ese mismo día el pueblo, amotinado, expulsó de La Serena al soldado Juan Díaz, y éste, al despedirse, camino a las montañas, a su compadre Castañeda le dijo:

—Bueno, me destierran, pero no soy cobarde. No importa; arreglaré cuentas a mi modo.

—¡Que me place, Juan! —respondió Castañeda— ¡Que me place! ¡Adiós, amigo, sabré algún día de ti...!

Con el destierro de Juan Díaz todo volvió al sosiego primitivo. También los abusos.

Pero aconteció que una vez que salían de un fandango don María de la Peña y don Justo de Cepeda, porque desde el reto habían convenido andar juntos, les salió al encuentro sorpresivamente Juan Díaz.

¿Qué sucedió?

Sucedió que los dos caballeros amanecieron muertos a estocadas. La desolación fue grande. Solamente Castañeda con su pierna de palo decía, acariciando la empuñadura de su descomunal tizona:

—Bueno, y que se atrevan a insultar y ofender a un soldado que ha combatido por Su Majestad. Ahora estoy contento. ¡Cuando yo decía que Juan Díaz saldaría esta injusticia...!

El delegado del Santo Oficio, que a la sazón lo era don Martín de Riva, haciéndose eco de la sociedad que con su fallo había condenado a Juan Díaz, y cumpliendo con el sagrado deber de que estaba investido, hizo publicar un bando a son de trompetas, en nombre de Su Majestad el Rey, ordenando, bajo severas penas, que todo estante, habitante y transeúnte estaba obligado a aprehender al llamado Juan Díaz, alias el Soldado, condenado a muerte por el delito de doble asesinato en personas muy meritorias del gobierno y de Su Majestad.

V

Juan Díaz, por más empeño que se hizo, no fue aprehendido; se había ocultado en un cerro al norte de la ciudad, y estaba dispuesto a vivir co-

mo ermitaño por el resto de su vida. Pero el destino no quiso que así fuese.

En esta soledad Juan un día conoció y se enamoró perdidamente de la única hija de un poderosísimo cacique de la zona. Al ver que a su romance se interponía su condición de hombre blanco, y que el padre de la doncella también se oponía, decidió raptar a la joven muchacha, para luego casarse con ella en una capillita muy oculta en los alrededores de La Serena, pues él era un ferviente cristiano.

Y así fue. Un día el mozuelo irrumpió intrépidamente en el poblado indígena y cogiendo a su amada del brazo, la montó en la grupa de su caballo y se dirigió con ella a la ciudad.

Se cuenta que en el momento en que un cura amigo bendecía su matrimonio, gentes de los alrededores llegaron hasta la capilla con gran alboroto, diciendo que el cacique, a la cabeza de sus mocetones armados, se aproximaba a la ciudad, jurando destruirla, después de matar a los enamorados. Por otra parte, al saber las autoridades que Juan Díaz estaba en la ciudad, organizaron una patrulla y se dispusieron a aprehenderlo.

Nadie sabe lo que realmente pasó, pero lo cierto es que en los momentos en que el cacique con sus guerreros pisó los suburbios, y los guardias enviados por la autoridad llegaron a las proximidades de la capilla, ésta desapareció... ¿Qué sucedió? Dios, que cultiva los grandes amores e imparte justicia divina, viendo que nada había más grande que el amor de aquella pareja, y

que se había cometido una grave injusticia, envolvió las inmediaciones en un manto de luz que impidió ver la capilla a todo ojo humano.

Ambos bandos recorrieron el campo por largo rato, pero la capilla había desaparecido como el vaho. Desde entonces y en ciertas noches, singularmente los Viernes Santos, la capilla se hace visible a los que miran desde La Serena hacia lo que hoy se llama el Cerro de Juan Soldado, pero se borra poco a poco, ante los ojos de los que pretenden llegar hasta ella.

EL HOMBRE-PAJARO

(Michel Rougié)

A Isla de Pascua, *Te Pito Te Henua* (el ombligo del mundo), es una lejana posesión chilena en medio del Pacífico.

Una vez al año, al comienzo de la primavera, entre agosto y octubre, toda la población de la isla, jefes guerreros y los sacerdotes de cada tribu a la cabeza, se reúnen en la cumbre del volcán Rano-Kao, centro ceremonial de Orongo, para celebrar la fiesta del hombre-pájaro (Tangata-Manu), para perpetuar el culto del dios Make-Make, la más grande divinidad mitológica de la isla, de la cual he aquí lo que dice la leyenda:

La sacerdotisa se encontraba en una roca de la bahía de Tonga-Riki vigilando un cráneo. Un día, una gran ola se llevó el cráneo mar adentro: entonces la sacerdotisa se lanzó al agua para recuperarlo, pero éste se alejaba rápidamente. Después de varios días a nado, llegó a un islote llamado Motiro-Hiva. De pronto el dios Haua se le apareció y le preguntó: "¿De dónde vienes tú?" "Vengo en búsqueda de mi cráneo", respondió ella. Entonces el dios Haua le dijo que el cráneo

era el dios Make-Make. La sacerdotisa se quedó en la isla con Make-Make y Haua; éstos le trajeron el producto de su pesca. Un día, Make-Make le dijo al dios Haua: "He venido a buscar pájaros; ¿y si nosotros los llevamos hasta la isla de donde viene la vieja sacerdotisa?" Haua respondió: "De acuerdo, dile a la sacerdotisa que se prepare a viajar con nosotros, allá revelará nuestros nombres a los habitantes y les mostrará el culto que deben rendirnos".

Los dioses indicaron a la sacerdotisa los ritos que ellos deseaban hacer conocer a los habitantes de esa isla. En seguida se alejaron llevando delante de ellos los pájaros en búsqueda de un lugar donde dejarlos. Haua y Make-Make se dijeron que no descansarían hasta encontrar un sitio donde los hombres no pudieran alcanzarlos. Por ello instalaron los pájaros en los islotes Motu-Nui y Motu-Iti. Durante ese tiempo la anciana mujer recorría la isla iniciando a los habitantes.

Hasta aquí llega la leyenda que explicaba cómo los pájaros llegaron a la Isla y por qué anidan en los islotes. De ello provino la fiesta del hombre-pájaro.

Toda la población estaba reunida esperando el retorno de las golondrinas de mar, "manutara", que vuelven a anidar con exactitud en la misma época sobre esos dos islotes.

La espera del primer pájaro se refleja en los cantos, las ceremonias y las danzas; los guerreros se pintan la cara con los más bellos colores y por un tiempo reina la paz entre las tribus.

Cada jefe guerrero designa un "Hopu", especie de atleta de la tribu, para que la represente. Desde que los primeros pájaros se posaban, los "Hopu" descendían el acantilado cortado a pique sobre el mar —una muralla de una altura de doscientos metros— para después recorrer dos kilómetros a nado en un mar agitado e infestado de tiburones y alcanzar el islote Motu-Nui. Algunos se servían de flotadores confeccionados con juncos, la totora que crece al interior del volcán. Como puede verse, era muy peligroso. En el hecho, la fiesta del hombre-pájaro era más que todo un drama. En caso de desaparición de uno de los atletas, muerto o devorado por los tiburones, era inmediatamente reemplazado por otro.

Esos hombres dormían en dos grutas en el islote Motu-Nui y pasaban sus días a la búsqueda del primer huevo puesto. La espera podía durar muchos días, incluso semanas. Cuando el mar estaba calmo, el reabastecimiento estaba asegurado por otros servidores que transportaban la comida encerrada en juncos cónicos.

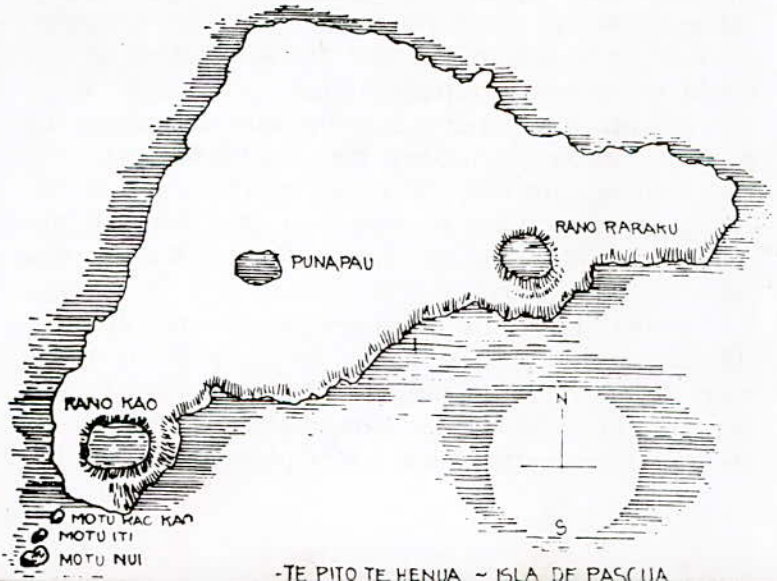
En fin, el primero de ellos que descubría un huevo gritaba el nombre de su jefe. El grito era repetido por un centinela que quedaba a la escucha durante todo ese tiempo en una gruta al pie del acantilado llamada "Haka-Rongo-Manu" (para escuchar al pájaro).

Inmediatamente después del descubrimiento del primer huevo, los "Hopu" dejaban el lugar para retornar a lo alto del acantilado. Aquel que había tenido el honor de descubrirlo, lo fijaba en su frente y se lanzaba al agua para ganar la otra

orilla seguido de muy cerca por los otros, ya que, según la leyenda, los dioses lo protegían, como si estuviera inmunizado por haber encontrado el huevo, y también a los que lo seguían. Cosa curiosa: jamás hubo accidente para aquellos hombres al volver de su misión; incluso los tiburones nunca atacaron.

Al llegar a lo alto del acantilado, el huevo era entregado con gran ceremonia por el "Hopu" ganador a su respectivo jefe de tribu, quien era proclamado Tangata-Manu (hombre-pájaro).

Luego se cortaba el pelo y al recibir el sagrado huevo salía acompañado en triunfo de una jubilosa comparsa, por toda la isla, llevando en una mano el huevo y en la otra la insignia de su cargo, "ao". Durante un año era "tapu", o sea "persona sagrada", y debía vivir a lo menos durante seis meses en estricto aislamiento en una casa en la falda del Rano-Raraku.



LA LAGUNA DEL INCA

(Tulio Espinosa)

AUNQUE hacía rato que el sol se había ocultado tras la montaña, una claridad opaca bañaba a los últimos esquiadores que, descendiendo por las laderas nevadas, regresaban al hotel Portillo. Las ventanas empezaban a encenderse y el edificio se empequeñecía ante el imponente paisaje andino.

Mientras los automóviles de los visitantes capitalinos comenzaban lentamente el descenso hacia la ciudad, dentro del hotel los esquiadores que habían llegado atraídos por el comienzo de la temporada invernal se preparaban para la comida.

Junto a una chimenea, con vista a la Laguna del Inca a través de un ventanal, un grupo de personas de diversas nacionalidades comenzaban la charla de todas las tardes con un vaso de whisky en la mano. Con vistosas tenidas y el rostro tostado por el sol y el viento de los primeros descensos, se saludaban preguntándose mutuamente por sus actividades durante los meses de verano en que se habían visto o iniciaban el conocimiento

de nuevas amistades. Se escuchaban diversas lenguas. El inglés áspero de los norteamericanos, la suave cadencia de los brasileños, el tono profundo de los franceses y las voces altas y cantantes de los argentinos. Pero más que todo, un castellano mal pronunciado y frecuentemente mezclado con palabras en otro idioma.

Frente a ese paisaje que ya comenzaba a diluirse ante el avance de la oscuridad, no faltó el extranjero llegado a Portillo por primera vez que comentara la belleza de las montañas y la extraña fascinación de la Laguna.

Cuando se le dijo que su nombre era Laguna del Inca, su único comentario, en un pésimo castellano, fue: "yo creía que los incas eran el Perú". Otro comentó que estaba maravillado por la tonalidad esmeralda del agua. Sabía que en el sur de Chile el color intenso de la vegetación producía en los lagos hermosas variedades de verde, pero aquí, en una laguna rodeada de montañas nevadas no podía explicárselo. Alguien opinó que tal vez se debiera a la disolución en el agua de sales de cobre, abundante en estas tierras. Y un francés, orgulloso de su pronunciación del idioma español, agregó que nunca antes lo había apreciado, ya que su permanencia en Portillo había sido sólo cuando la Laguna estaba helada y convertida en cancha de patinaje.

—Pero ¿a qué se debe su nombre? —preguntó una norteamericana de ojos azules y mirada inquieta.

Entonces un instructor santiaguino de esquí, poniéndose de pie y adoptando un aire de profe-

sor que dicta una clase, relató la triste y bella leyenda de la Laguna del Inca.

—Antes de la llegada de los españoles a América, los incas que habitaban el Perú extendieron su imperio hacia Chile, ocupando lo que hoy es este país hasta las riberas del río Maule. Su culto se desarrollaba en las altas montañas. De esta manera, en los volcanes del norte chileno y en el cerro del Plomo, cercano a Santiago, se han encontrado momias, construcciones destinadas a las ceremonias rituales o huacas. Los incas se consideraban hijos del sol, lo que los impulsaba a realizar sus manifestaciones religiosas en las grandes alturas.

Por eso no fue raro que la fiesta nupcial del príncipe inca Illi-Yanqui y la bella princesa Kora-Lle se celebrara en una cumbre, a los pies del volcán Aconcagua, el más alto del macizo andino. "A lo mejor cerca de aquí —dijo el narrador, mirando nostálgicamente la Laguna a través de la ventana—, porque la leyenda relata que la ceremonia se llevó a efecto junto a un lago de aguas claras".

También la leyenda recuerda que la princesa era una hermosa joven, la más bella de todo el vasto imperio inca, que era fina y delicada y que sus ojos eran profundos, dulces, y de un maravilloso color esmeralda, y que el príncipe la amaba con locura.

Terminado el ceremonial de la boda, la princesa, para cumplir el rito establecido, debía des-

cender lentamente la escarpada ladera seguida de su séquito. No era un descenso fácil con el peso del vestido y los adornos nupciales y la espesa trama de las joyas. Su camino era un sendero estrecho, pedregoso, flanqueado por precipicios casi verticales de roca.

De pronto, y sin causa aparente, sólo en cumplimiento de un trágico destino, la princesa resbaló y cayó al vacío desde un alto risco. Su grito de espanto y el de sus doncellas fue repetido hasta el infinito por el eco de las montañas.

El príncipe Illi se lanzó en loca carrera por las gargantas en vano intento de socorrer a su amada. Cuando llegó junto a ella sólo pudo estrechar entre sus brazos el cuerpo sin vida de la bella muchacha. Se dice que la horrible caída no la había desfigurado y que su rostro conservaba una extraña serenidad.

El príncipe Illi-Yanqui no quiso un entierro común para la princesa. Ordenó que su cuerpo fuera depositado en las aguas de la Laguna, ya que ningún sarcófago humano sería comparable a esa sepultura.

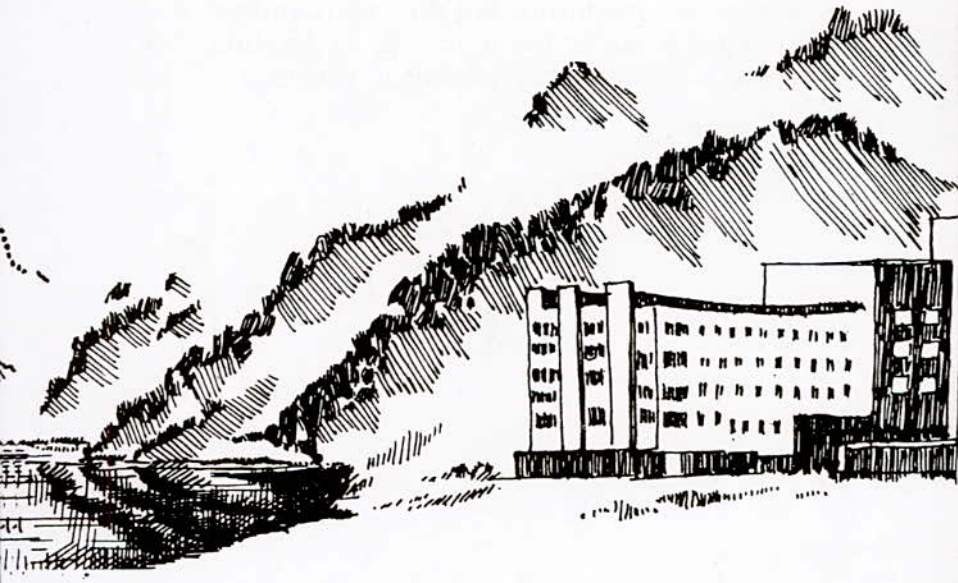
Envuelto en blancos linos el grácil cuerpo fue descendiendo a la profundidad de las aguas ante el dolido séquito nupcial. Entonces sucedió lo increíble: el agua transparente comenzó a cambiar de color y a tomar la tonalidad esmeralda de sus hermosos ojos.

Es por eso que hoy día, cuando miren el agua de la Laguna y los sorprenda su coloración

extraña, sepan que están viendo el color de los ojos de la princesa Kora-Lle.

De la mañana a la noche y día tras día el Inca veló a su princesa sin dejar jamás de mirar las aguas, ahora verdes de la Laguna. Así, día tras día, hasta morir.

Esta es la razón por la cual, desde ese acontecimiento perdido hace siglos en el tiempo, la laguna se llama Laguna del Inca. Y también es ésa la razón del color verde de sus aguas, que para muchos parece inexplicable. Es lo que dice la leyenda.



Aún hoy, en nuestra época, aseguran que en las noches de invierno, cuando todo es frío y el agua es sólo hielo y la oscuridad envuelve las montañas, puede escucharse como un eco que se lleva el viento el llanto lastimero del príncipe Illi-Yanqui.

Cuando el narrador terminó su relato se hizo un silencio entre los presentes. Hubo tal fuerza en sus palabras que la alegría de antes dio paso a una emoción que pudo leerse en todas las miradas.

Algunos clavaron la vista en el fuego como buscando calor.

Otros se pusieron de pie acercándose a la ventana para mirar las aguas de la Laguna. Pero ya había oscurecido y no pudieron ver nada.

LAS TRES PASCUALAS

(Antonio Landauro)

EN Concepción existe la laguna de las Tres Pascualas. El nombre es vulgar, y la coincidencia de tres mujeres del mismo nombre no es rara. En los pueblos abundan personas con el nombre del santo patrón. Pero ¿quiénes habrán sido estas tres Pascualas? Un viejecito, cargado de años y de historias antiguas, nos lo ha contado.

Fueron tres jóvenes lavanderas que, hace ya mucho, se pasaban el día a la orilla de la laguna. Lavaban, cantaban viejas canciones y esperaban el amor. Una y mil veces se miró el sol en las verdes aguas, y siempre encontró a las tres jóvenes con los mismos afanes y con igual esperanza.

Un día en que el sol pareció más brillante y los pájaros más alegres, llegó hasta la laguna un hombre que reunía las cualidades soñadas por las tres lavanderitas sin amor. Era joven, ágil, risueño, y sus ojos, del color de las aguas, relumbraban como si el sol se mirase en ellos.

La mayor de las jóvenes se hallaba un poco retirada de las demás tendiendo ropa. El recién llegado se dirigió a ella para hablarle. Sabía expresarse con gracia y decir cosas halagüeñas.

Cuando toda la ropa estuvo tendida, los dos se alejaron aún más de la laguna.

Al poco rato la segunda Pascuala, que no los había perdido de vista, se acercó a ellos y dijo a su compañera:

—Tú, que eres la mayor y que entiendes más de compras, debes ir a la ciudad; ya sabes que se nos han acabado las provisiones.

—Conforme; él me acompañará.

Entre las dos Pascualas se cambiaron unas miradas que dijeron mucho más que las palabras.

—El se quedará —replicó secamente la segunda—. Se quedará; es de día y puede pescar, no debe perder la ocasión.

La mayor no pudo disimular su contrariedad, pero se puso en camino.

La segunda Pascuala pretextó tener que recoger algo en una rústica choza que las tres compartían cerca de la laguna, y se alejó. El hombre tanto tiempo esperado fue tras ella. Y solos hablaron largo rato. Mentía él con naturalidad convincente, cuando llegó la menor de las lavanderas:

—¿No me quiere nadie ayudar a llevar la ropa?

La segunda, para alejar a la pequeña, salió corriendo. El mozo tuvo tiempo, sin embargo, de

cambiar una mirada con la más chica de las muchachas. Era bonita, era muy bonita, y tenía unos ojos negros brillantes como el azabache. Las otras dos eran rubias.

Mientras veía alejarse a las jóvenes, el galán decía para sí:

"Serán mías las tres."

Y vinieron días en que desaparecieron la alegría y la concordia entre las tres lavanderas. Se espiaban, se hablaban y miraban con recelo; sus cantares ya no eran de esperanza, sino de traiciones y malventuras.

Pero aquel hombre, del que las tres se habían enamorado, iba logrando sus propósitos.

Un día desapareció sin excusas. Se diluyó como la sal en el agua, y no se dejó ver más.

Las lágrimas de las tres lavanderitas aumentaron las aguas de la laguna. Y las tres se reconciliaron.

Pero esta historia no concluyó allí. Ellas continuaron su labor, en un principio muy amargadas, pero luego el tiempo fue restañando las heridas. Y llegó el día en que la imagen y el recuerdo de aquel hombre desapareció para siempre de sus corazones.

Cuentan en Concepción, y he aquí la leyenda, que, después de aquella desventura, todas las noches empezaron a acudir a tejer con las hilanderas del pueblo tres hermosas doncellas, las tres vestidas de blanco. Nadie sabía quiénes eran, ni de dónde venían, pero en todas partes se las acogía con gusto, pues siempre cantaban una alegre canción, contaban una amena historia o inventa-

ban un gracioso juego. En cuanto a sus husos y ruecas, éstas deberían estar encantadas, ya que ninguna mujer del pueblo podía competir con ellas, ni en agilidad ni en precisión.

Unicamente ocurría que, en cuanto daban las once de la noche, las tres muchachitas se ponían de pie, tomaban sus ruecas y husos y, por más que se les rogara, no consentían en permanecer ni un minuto más. ¿Adónde iban tan apresuradas? ¿Por qué? Nadie lo sabía, pues desaparecían tan misteriosamente como habían llegado. Ni siquiera se sabían sus verdaderos nombres. Se las llamaba las Tres Pascualas, también "las blancas hijas del lago" o "las hermanas del lago", pues llegaban siempre desde donde estaba el lago y hacia allá también se dirigían al marcharse. Los jóvenes del poblado poco a poco comenzaron a sentirse atraídos por aquellas enigmáticas muchachas y habrían hecho cualquier cosa por conseguir su amor. El más enamorado de todos era el hijo de un campesino de la región, que no se cansaba de admirar la belleza ni de escuchar las voces de las hermanas lavanderas. Y cuando las veía alejarse tan de prisa y tan temprano todas las noches, se quedaba intranquilo y descorazonado.

Cierto día tuvo la ocurrencia de atrasar el reloj del pueblo en una hora. Aquella noche era tanta la alegría que reinaba entre las mujeres que nadie se percató de que el tiempo pasaba con más lentitud que de costumbre.

Cuando el reloj dio once campanadas, siendo de verdad medianoche, las tres hermanas recogieron sus implementos y se marcharon. Pero a la

mañana siguiente, algunos pescadores que pasaron por las orillas del lago oyeron gemidos bajo la superficie del agua y vieron aparecer tres grandes manchas de sangre. Aquella misma mañana el enamorado hijo del campesino enfermó de un misterioso mal que, a los pocos días, lo condujo a la muerte.

Desde aquel incidente, las tres hermanas no volvieron más a tejer con las niñas de Concepción. Su alegres cantos, sus risas y sus ingeniosos juegos jamás volvieron a deleitar a los esforzados lugareños. Y dicen que en las noches de luna llena aparecen las siluetas de las tres hermanas en el centro del lago, cantando, riendo y agitando sus hermosas cabelleras al compás del viento.

¿Qué sucedió? ¿Por qué desaparecieron las tres hermosas doncellas para no dejarse ver más? Nadie lo sabe en verdad.

Desaparecieron las tres Pascualas; pero los ancianos aseguran que no han muerto. Viven en un palacio encantado en el fondo de la laguna para no volver a sufrir una nueva decepción amorosa.

LICAN RAY

(Carlos Ducci Claro)

AMINABA a través de la selva cuando al llegar a un pequeño collado más alto divisó las aguas del lago. No sabía si eran azules o verdosas, pero brillaban al sol y se extendían desde los árboles de la orilla hasta una línea de verde lejano del bosque distante. Había oído que a este lago los indios lo llamaban Calafquén.

Se había separado de sus compañeros y extraviado su caballo, por eso caminaba solo aquella tarde un joven soldado español perdido en medio de una tierra extraña.

Sabía que era una tierra hostil, pero no sentía temor, sino asombro, y contemplaba sin recelo, maravillado, el imponente paisaje. Los árboles enormes, cuyas ramas curiosamente no nacían y se separaban sino en lo alto, crecían no muy juntos y dejaban ver entre ellos montes con la cumbre cubierta de nieve; ahora le permitían ver el lago. Se sintió humildemente pequeño e insignificante frente a la hermosura de esta naturaleza virgen.

Sentía también extrañeza. Al llegar a América había oído a muchos conquistadores hablar de la "selva", pero siempre con respeto y temor. La selva que le habían descrito era una entidad enemiga y temible; resultaba difícil entrar en ella, pues la vegetación era tan espesa que no dejaba ver el sol y era casi imposible trazar una senda; estaba poblada de fieras, reptiles e insectos que atacaban al hombre; en ella acechaba además la fiebre. La selva de que le habían hablado era devoradora de sus conquistadores. Aquí, en cambio, el bosque era amigo y no hostil, al parecer no había fieras ni culebras, nada le había atacado y había podido dormir de noche mirando las estrellas sin tomar ninguna precaución. La vegetación que se apoyaba en los árboles no era ni densa ni asfixiante, y en cambio abundaba una planta trepadora de flores generalmente rojas, a veces blancas, que parecían pequeñas campanas alargadas y daban un aspecto de fiesta al bosque engalanado.

Era tal la sensación de paz, que pensó si los españoles tenían el derecho de romper esta quietud, si los designios de Dios no serían dejar para siempre estas regiones de belleza privilegiada lejos de la ambición humana. Junto con pensar esto se sintió confundido y analizó si debería contar a su confesor, cuando volviera a verlo, estas divagaciones.

Estaba ya muy cerca del lago y algo se movía saliendo de las aguas, alguien entonaba una canción en una lengua desconocida. Era una joven indígena de extraordinaria belleza que se-

caba sus cabellos al sol. No deseaba atemorizarla, no quería que huyese y por eso, visible pero distante, comenzó a tararear la misma canción que ella cantaba. La muchacha se volvió presa del temor, pronta a huir, y se quedó expectante contemplando a este extraño, blanco y estrafalariamente vestido, que la miraba desde lejos, al parecer sin intención de hacerle daño.

Largo rato se contemplaron; el soldado sonrió y ella sintió que la sonrisa era una garantía de paz. Volvió a tararear la melodía y la muchacha le corrigió la entonación malamente aprendida cantando nuevamente una parte de la canción. Ambos rieron y desde ese momento supieron que eran amigos.

Talvez lo primero en la amistad es poder nombrarse, talvez por eso la joven india extendió su mano hacia el soldado y le dijo: "Aliumanche" (hombre blanco), y después, señalándose a sí misma, exclamó: "Lican Ray" (flor de la piedra mágica).

Fue así como Aliumanche, el soldado español, y Lican Ray, la muchacha indígena, se conocieron y desde entonces se amaron.

Lican Ray era hija del cacique Curilef, jefe poderoso, temible y temido. En varias ocasiones había ido al norte, a la cabeza de sus guerreros, a apoyar al toqui que luchaba contra los españoles, y sentía casi instintivamente la necesidad de esta lucha para preservar sus viejas costumbres y su libertad. El español, el hombre blan-

COLEGIO ADVENTISTA DE CONCEPCION BIBLIOTECA C.C.A.

co, era entonces el enemigo. Debía combatírselo cuando fuera posible, porque era fuerte; no debía confiarse en sus pactos, porque sólo los consentía cuando lo que quería conseguir no podía obtenerlo por la fuerza.

El cacique Curilef añoraba el retorno de su hija Lican Ray. Temía que los espíritus malignos la hubieran arrebatado o que hubiere perecido en las aguas del lago o en el torrente de un río, pero en el fondo de su ser sentía que ella estaba viva y esperaba su regreso.

Un día, un muchacho de la tribu se acercó al viejo cacique. "Lican Ray está viva, dijo; la he visto con un hombre blanco a las orillas del lago". "Mis guerreros irán a libertarla", respondió el cacique. "Ella no está cautiva, explicó el muchacho; sigue al hombre blanco por su propia voluntad, y se demuestran un gran amor".

El cacique meditó un largo rato para poder comprender esta noticia, después exclamó: "Mis guerreros irán de todas maneras a buscarla, el hombre blanco será muerto y ella traída de vuelta a su tribu; si se resiste e imposibilita hacerlo morirá también".

Al día siguiente, en medio de un gran chivateo, los guerreros de la tribu salieron en busca de Lican Ray.

Lican Ray y Aliumanche vivían la alegría de su amor, el descubrimiento de conocerse, la magia de poderse comunicar y comprender. Pero Lican Ray no estaba tranquila, sabía que su ausencia parecería inexplicable y que muy pronto realizarían esfuerzos por encontrarla. Varias ve-

ces había creído oír ruidos en el bosque y una vez tuvo la certeza de que habían sido espiados y encontró huellas evidentes de la presencia de un merodeador. Desde entonces no tuvo completa paz y dos veces al día subía a un peñasco elevado para observar si algo acechaba en la soledad del bosque.

Un día fue evidente que un grupo numeroso recorría la selva y se aproximaba en un punto muy cercano en las orillas del lago.

"Debemos partir, dijo Lican Ray, los guerreros de mi padre nos buscan y no estaremos seguros si no nos internamos en el lago y nos refugiamos en una de sus pequeñas islas". Aliumanche comprendió que tenía razón y apresuradamente bogaron en unos troncos hasta una islita distante para engañar a sus perseguidores.

Los guerreros recorrieron el bosque y la costa y montaban guardia esperando que algún signo delatara a los prófugos, pues no se atrevían a volver a la tribu sin haber encontrado a Lican Ray.

Los amantes en su isla se sentían seguros, pero no podían protegerse del frío, pues temían que al hacer fuego éste delatara su presencia.

Sopló el viento del norte que trajo lluvias, muchos días de lluvia, y después un frío más intenso al dejar de llover. "Los guerreros deben haberse retirado, dijo el español; debemos encender fuego, porque en caso contrario no podremos resistir". Así lo hicieron, y una leve columna de humo se levantó al cielo desde la isla.

Pero los guerreros no habían suspendido su vigilia y uno de ellos observó el humo y congregó a los demás. Todos dieron gritos de alegría por haber descubierto a los prófugos y poder cumplir su misión.

El viento llevó a la isla el eco de los gritos distantes y Lican Ray comprendió que habían sido descubiertos. Era necesario partir y nuevamente utilizaron unos troncos para huir a otra isla aún más alejada.

Pero esto fue sólo por un tiempo, porque adondequiera que se trasladaran eran nuevamente descubiertos por los guerreros del cacique Curilef.

Huyendo siempre, a través de las islas y orillas del lago, jamás fueron atrapados, pero se perdieron en el tiempo y la distancia y nunca ningún ser viviente encontró a los amantes del lago Calafquén.

Hoy día, a las orillas del lago, hay un pueblito que se llama Lican Ray. Se dice que en las tardes de primavera se divisa a veces una columna de humo lejana. "No es un viajero, dicen; nadie ha ido por ahí, son Lican Ray y el español que han vuelto".

LICARAYEN

(Antonio Landauro)

UANDO aún no habían llegado a estas tierras los hombres blancos, vivían en la región del lago Llanquihue varias tribus indígenas que se dedicaban más a la embriaguez y al ocio que al trabajo.

Un genio maléfico, llamado el Pillán, había repartido a sus secuaces entre esos indígenas para hacer toda clase de males entre ellos. A muchos había vuelto locos, suministrándoles infusiones de latué, poción de yerbas que provocaba un efecto perturbador en la razón; a otros les había deformado la cara y los miembros a su antojo.

En fin, el Pillán y sus machis imponían la maldad sobre los pobres indios que, medio aturdidos por sus vicios, no atinaban a darse cuenta de su triste situación.

En las noches, esas comarcas presentaban un aspecto verdaderamente pavoroso. Grandes llamaradas que salían de los cráteres iluminaban el cielo con fulgores de fuego. Las montañas parecían verdaderas hogueras y las quebradas que circundaban a los volcanes Osorno y Calbuco eran como la misma boca del infierno.

Cuando los pobres indios, inspirados por los buenos genios, se entregaban al trabajo y labraban la tierra, el gran Pillán hacía estallar los volcanes y sacudía la tierra: días y semanas enteras llovía fuego y ceniza que destruía, en pocas horas, lo que los indios habían labrado en varios años de arduo trabajo.

El Pillán odiaba el trabajo y la virtud y por eso se enfurecía tanto cuando los indios, abandonando los vicios, se entregaban a labrar y sembrar la tierra.

Se decía desde antiguo que para vencer al Pillán había que arrojar al cráter del Osorno una hoja de canelo, y que entonces empezaría a caer del cielo tanta nieve que terminaría por cerrar la boca del cráter, dejando prisionero en su interior al malvado Pillán. Pero los indios no podían llegar al cráter mismo, porque se lo impedían las inmensas quebradas que rodeaban los volcanes y los ríos de fuego y lava que corrían por sus faldas.

Un día, en que los desesperados indios estaban celebrando un gran machitún, apareció entre ellos un indio viejo, que nadie supo quién era ni de dónde venía, y que, después de pedir permiso para hablar, dijo:

—Para llegar al cráter es necesario que sacrifiquéis a la virgen más hermosa de la tribu. Debéis arrancarle el corazón y colocarlo en la punta del Pichi Juan, tapado con una rama de canelo. Veréis entonces que vendrá un pájaro del cielo, se comerá el corazón y después llevará la

rama de canelo y, elevando el vuelo, la dejará caer en el cráter del Osorno; pero para que esto se cumpla y perdure, debéis hacer la promesa formal de ser buenos y virtuosos, pues si algún día os volvéis a arrojar en los brazos del vicio, la nieve se derretirá y el Pillán volverá a arrojar fuego y cenizas sobre vosotros, sobre vuestras rucas y sobre la tierra. Sed buenos y triunfaréis.

Así habló el viejo indio y, sin que nadie se diera cuenta de ello, desapareció tan misteriosamente como había llegado.

El cacique hizo entonces averiguaciones para establecer cuál de las vírgenes de su tribu era la más virtuosa de todas.

Una asamblea compuesta de los indios más viejos de la tribu resolvió que la más virtuosa era Licarayén, hija menor del cacique; joven de belleza extraordinaria, ojos claros como el agua y poseedora de un alma más blanca que los pétalos de la flor de la quilineja. Temblando de amargura, el cacique mismo llevó la noticia del próximo sacrificio a su hija.

—No llores —le respondió ella al verlo. Y agregó—: Muero contenta, sabiendo que mi muerte ha de aliviar las amarguras y los dolores de toda nuestra valerosa tribu. Sólo pido un favor: que para sacrificarme no uséis vuestras hachas ni vuestras lanzas. Quiero que me maten con sus perfumes las flores que han sido el único encanto de mi vida, y que sea el toqui Quiltrapique quien

me prepare el lecho mortal y quien me arranque el corazón.

Así se hizo.

Al día siguiente, cuando el sol empezaba a aparecer por encima de la cordillera y los pájarillos a trinar su canto matinal, un gran cortejo acompañó a Licarayén al fondo de una quebrada, donde el toqui tenía preparado un lecho con las más perfumadas flores que había encontrado en los prados y bosques de la región. Llegó Licarayén y sin queja ni protesta alguna se tendió sobre aquel lecho de flores que había de transportar su alma a la eternidad.

Los jóvenes indios, silenciosos y apenados, se sentaron alrededor de aquel catafalco florido y lloraron mucho la partida de tan hermosa doncella.

El toqui, inmóvil, con los ojos llorosos clavados en la bella faz que poco a poco iba palideciendo, parecía una estatua de resignación.

Cuando la tarde tendió su manto gris sobre la llanura y enmudeció el último pajarillo, la virgen exhaló el postrer suspiro. Se adelantó el toqui y, más pálido que la misma muerte, se arrodilló a su lado y con mano temblorosa rasgó el níveo pecho de la virgen, arrancó el corazón y, siempre silencioso, con paso vacilante, fue a depositarlo en manos del cacique. Volvió después el toqui adonde se encontraba la virgen y sin proferir una queja se atravesó el pecho con su lanza.

¡La muerte juntó a esas dos almas que la vida mantuvo separadas!

El más fornido de los mancebos fue encargado de llevar el corazón y la rama de canelo a la cima del cerro Pichi Juan, que eleva su agudo pináculo donde termina el llano. Toda la tribu quedó en el valle esperando la realización del milagro. Y he aquí que apenas el mozuelo había colocado el corazón y la rama de canelo en la roca más alta del Pichi Juan, apareció en el cielo un enorme cóndor, que bajó en raudo vuelo y de un bocado engulló el corazón y, agarrando la rama de canelo, emprendió el vuelo hacia el cráter del Osorno, que en esos momentos arrojaba enormes haces de fuego. Dio el cóndor, en vuelo espiral, tres vueltas por la cumbre del volcán y después de una súbita bajada, dejó caer dentro del cráter la rama sagrada.

En el mismo momento aparecieron en el cielo negras nubes y empezó a caer sobre los volcanes una lluvia de plumillas de nieve que a los rojos fulgores de las llamas del cráter parecía una finísima lluvia de oro.

Y llovió nieve; días, semanas, meses y años enteros. Fue una verdadera lucha entre el fuego que subía del infierno y la nieve que caía bondadosa del cielo. La nieve derretida corría formando impetuosos torrentes por las faldas del Osorno y del Calbuco y corriendo se despeñaba en los inmensos barrancos que servían de defensa a la morada del Pillán, hasta que, llenando las hondonadas profundas, las aguas quedaron al nivel de las tierras cultivadas.

Así se formaron los lagos de Llanquihue, Todos los Santos y Chapó.

Por más esfuerzos que hizo el Pillán, no pudo librarse de quedar prisionero dentro del Osorno, de donde ahora no puede salir para volver a sus andanzas; pero no por eso deja de estar trabajando por recobrar su libertad, el día en que los habitantes del lago abandonen sus virtudes para entregarse a los vicios.

Ese día, la nieve que mantiene prisionero al Pillán se derretirá y temblará la tierra, y el fuego y la ceniza destruirán todo el trabajo del hombre que está en el llano.

Hay que tener presente lo que dijo el viejo indio misterioso: que para que esto perdure, deben los hombres ser buenos y virtuosos, pues si vuelven a entregarse en brazos de los vicios, la nieve se derretirá y el Pillán volverá a arrojar fuego y cenizas a su antojo, destruyéndolo todo.

Cuando los indios volvieron al día siguiente al lugar en que se había consumado el sublime sacrificio de la púdica virgen y del valeroso toqui enamorado, vieron con asombro que las flores que habían servido de lecho mortal a Licarayén habían echado raíces y que sus ramas, entrelazándose, formaban el más hermoso palacio que jamás mente humana pudo imaginar. Y vieron también que en las maravillosas salas floridas vivían felices y contentos la virgen y el toqui que el día anterior habían hecho el sacrificio de sus vidas por salvar a toda la tribu.

Ese palacio de helechos y flores existe en el fondo de la Quebrada del Diablo, cerca de Puer-

to Varas. Muchos son los que han bajado a admirar su maravillosa belleza, pero sólo unos cuantos han podido ver el palacio, porque éste es sólo visible para quienes no tienen una sola mancha en su conciencia y saben sentir los íntimos encantos de la naturaleza.

EL CALEUCHE

(Carlos Ducci Claro)

NO era un pueblo, no podía serlo, se trataba sólo de un pequeño número de casas agrupadas a la orilla del mar, como si quisieran protegerse del clima tormentoso, de la lluvia constante, de las asechanzas que pudieran venir de la tierra o del mar.

Para los hombres que allí vivían, Chiloé, la Isla Grande, era un continente casi desconocido; Queilén y Chonchi quedaban lejos, sólo se navegaba a ellos de tarde en tarde para vender el producto de la pesca; Castro aparecía como una ciudad remota; la esperanza de algunos jóvenes era llegar hasta ella y ahí quedarse o partir para rumbos más distantes, pero esto aparecía como un sueño, como una quimérica ilusión.

Había cultivos en los campos más allá de las casas, sobre todo papas, avena y hortalizas. Algunos vacunos y bastantes ovejas se veían en rústicos corrales, pero principalmente la actividad de todos, el ritmo de la vida, estaba determinada por el mar.

Las mujeres hilaban ellas mismas la lana y tejían frazadas y ponchos, mantas y choapinos. De tiempo en tiempo las piezas que no eran necesarias para el uso del poblado eran vendidas en Chonchi o a las lanchas que pasaban a comprar la pesca. Esto era fácil, pues se trataba de tejidos primorosos bellamente realizados.

Pero éste era un trabajo de las horas libres. En cambio, casi diariamente, sobre todo con la marea baja, las mujeres salían con los niños a recoger mariscos en la costa.

Provistos, mujeres y niños, de un canasto circular de mimbre, caminaban a lo largo de las playas y los roqueríos buscando cholgas, almejas, choritos, erizos y también jaibas. Desgraciadamente no había ostras como en otras partes de la isla. Con los canastos llenos volvían horas después caminando lentamente hacia las casas.

En la pieza grande de la casa de don Pedro se habían reunido casi todos los hombres del caserío. Había de todas edades, dos muy jóvenes y uno muy viejo, conversaban lentamente y de vez en cuando bebían un vaso de chicha de manzana. Aunque el mar no estaba muy próximo, podía oírse, como una música de fondo, el ruido constante y acompasado del oleaje.

El tema de su charla era la próxima faena. Saldrían a pescar de anochecida y sería una tarea larga y de riesgo; pensaban llegar lejos, quizás hasta la isla Chulin, en busca de jurel, róbalo y corvina. No todos participarían en la pesca,

otros saldrían por la costa buscando mariscos. Lo importante era tener un acopio suficiente cuando en dos o tres días más, como esperaban, la lancha que venía del norte pasara a buscar sus productos.

Deseaban salir porque la pesca sería buena. Durante la noche anterior estaban seguros de haber visto a la bella Pincoya que, saliendo de las aguas con su maravilloso traje de algas, había bailado frenéticamente en la playa mirando hacia el mar. A la mañana siguiente se habían encontrado mariscos dejados por ella en la arena. Todo esto presagiaba una pesca abundante y los hombres estaban contentos.

No todos saldrían porque, como siempre, don Segundo, el hombre mayor, se quedaría en tierra. Iría a buscar leña. Le gustaba entrar en el bosque para cortar los árboles, pues no le temía al pequeño y horrible trauco, este ser chico y desagradable que iba siempre armado de un toki, tenía una enorme fuerza y podía torcer a un hombre a la distancia con solo mirarlo. En todo caso no se acercaría a las plantas de murta que atraían al trauco. Prefería ir él, porque si hubiera ido una mujer o una muchacha algo habría podido suceder; para ellas el trauco era irresistible.

No sólo eso, arreglaría o remendaría, con tesón y paciencia, los barcos dañados o las redes destruidas, ayudaría a las mujeres en los trabajos del campo o a cuidar los animales, pero no navegaría en el mar.

Uno de los jóvenes le preguntó: "Usted, don Segundo, ¿por qué no se embarca? Usted conoce más que cualquiera las variaciones del tiempo, el ritmo de las mareas, los cambios del viento, y sin embargo, permanece siempre en tierra sin adentrarse en el mar". Se hizo un silencio, todos miraron al joven, extrañados de su insolencia, y el mismo joven, abismado de su osadía, inclinó silencioso la cabeza sin explicarse por qué se había atrevido a preguntar.

Don Segundo, sin embargo, parecía perdido en un ensueño y contestó casi automáticamente: "Porque yo he visto el Caleuche."

Dicho esto pareció salir de su ensueño y, ante la mirada interrogante de todos, exclamó: "Algún día les contaré".

Meses después estaban todos reunidos en la misma pieza. Era de noche, y nadie había podido salir a pescar; llovía en forma feroz, como si toda el agua del mundo cayera sobre aquella casa. El viento huracanado parecía querer arrancar las tejuelas del techo y las paredes, y el mar no era un ruido lejano y armonioso sino un bramido sordo y amenazador.

El fogón encendido daba calor a los hombres, pero no hacía olvidar el ruido de la lluvia y el silbar de la tormenta, no conseguía disipar esa sensación mágica de que en aquella noche andaban sueltos todos los seres fantasmagóricos.

A la distancia sonó prolongadamente un chivateo lejano y un estruendo en la costa como de

un barranco al hundirse, y uno exclamó: "Debe ser un Camahueto llegando hasta el mar". Todos pensaron de inmediato en el monstruo grande como un ternero, con un solo cuerno en medio de la frente, con cuyas raspaduras se fabrica una pócima que da una fuerza excepcional. El Camahueto se cría en las lagunas y en los pantanos y, después de desarrollarse durante muchos años, una noche se dirige con ímpetu incontenible hacia el mar.

No era una noche tranquila, la luz vacilante del mechero proyectaba sombras cambiantes y los hombres permanecían silenciosos.

Don Segundo habló de improviso y dijo: "Ahora les contaré..." Su relato contenido durante muchos años cobró una realidad mágica para los que le escuchaban curiosos y atemorizados.

Hace mucho tiempo había salido navegando desde Ancud con el propósito de llegar hasta Quellón. No se trataba de una embarcación pequeña, sino de una lancha grande de alto bordo y sin embargo fácil de conducir, con dos velas que permitían aprovechar al máximo un viento favorable. Era una lancha buena para el mar y que había desafiado con éxito muchas tempestades.

La tripulaban cinco hombres además de don Segundo, y el capitán era un chilote recio, bajo y musculoso, que conocía todas las islas y canales del archipiélago, y de quien se decía que había navegado hasta los estrechos del sur y había cruzado el Paso del Indio y el Canal Messier.

La segunda noche de navegación se desató la tempestad. "Peor que la de ahora", dijo don Segundo. Era una noche negra en que el cielo y el mar se confundían, en que el viento huracanado levantaba el mar y en que los marineros aterrorizados usaban los remos para tratar de dirigir la lancha y embestir de frente a las olas enfurecidas.

El mar, que es el sustento y la aventura del chilote, que forma parte de su vida y es su amigo, se había transformado en un ser extraño y hostil que no conocía la piedad y que quería destruir a esos osados que lo surcaban.

Habían perdido la noción del espacio y del tiempo y empapados y rendidos encomendaban su alma, seguros de morir.

No obstante, la tormenta pareció calmarse y divisaron a lo lejos una luz que avanzaba sobre las aguas. Fue acercándose y la luz se transformó en un barco, un hermoso y gran velero, curiosamente iluminado, del que salían cantos y voces. Irradiaba una extraña luminosidad en medio de la noche, lo que permitía que se destacaran su casco y sus velas oscuras. Si no fuera por su velamen, si no fuera por los cantos, habríase dicho un inmenso monstruo marino.

Al verlo acercarse los marinos gritaron alborozados, pues, no obstante lo irreal de su presencia, parecía un refugio tangible frente a la cierta y constante amenaza del mar.

El capitán no participó de esa alegría. Lo vieron santiguarse y mortalmente pálido exclamó: "¡No es la salvación, es el Caleuche! Nuestros

huesos, como los de todos los que lo han visto, estarán esta noche en el fondo del mar".

El Caleuche ya estaba casi encima de la lancha cuando repentinamente desapareció. Se fue la luz y volvió la densa sombra en que se confundían el cielo y el agua.

Al mismo tiempo volvió la tempestad, talvez con más fuerza, y la fatiga de los hombres les impidió dirigir la lancha en el embravecido mar, hasta que una ola gigantesca la volcó. Algo debió golpearlo, porque su último recuerdo fue la gran ola negra en la oscuridad de la noche.

Despertó arrojado en una playa en que gentes bondadosas y extrañas trataban de reanimarlo. Dijo que había naufragado y contó todo respecto del viaje y la tempestad, menos las circunstancias del naufragio y la visión del Caleuche. De sus compañeros no se supo más, y ésta es la primera vez que la totalidad de la historia salía de sus labios.

"Por eso es que no salgo a navegar. El Caleuche no perdonará haber perdido su presa, que exista un hombre vivo que lo haya visto. Si me interno en el mar, veré aparecer un hermoso y oscuro velero iluminado del que saldrán alegres voces, pero que me harán morir."

Todos quedaron silenciosos y pareció que entre el ruido de la lluvia y el viento se escuchaba más intenso el bramido de las olas.

No obstante la creencia de don Segundo de que la visión del Caleuche significa una muerte

segura, hay personas en la Isla Grande que afirman que han visto o conocido a alguien que vio el Caleuche. Talvez sólo lo hicieron desde la costa y no navegando.

En todo caso, los que navegan entre las islas del archipiélago durante la noche lo hacen con el profundo temor de divisar el hermoso y negro barco iluminado. Este puede aparecer en cualquier momento, pues navega en la superficie o bajo el agua; de él surgen música y canciones. Entonces la muerte estará muy cerca y el naufragio será inevitable.

Los que no perezcan pasarán a formar parte de la tripulación del barco fantasma, del Caleuche.

EL ARQUERO DEL BOSQUE

(Enrique Campos Menéndez)

N lo alto del cerro detuve mi cansado caballo.

Atrás había dejado la rala vegetación agarrada al suelo con gesto desesperado; el oleaje estremecido de las lagunas y los pajonales; la carrera incesante de las nubes por el ancho cielo y de sus sombras por la inmensidad desnuda de la pampa: el desolado paisaje donde reina el huracán. Hacia adelante mi mirada tropezaba ahora con las abruptas montañas de las nieves eternas, en medio de cuyos boscosos faldeos se engastaba, como una esmeralda, el lago Winteke. Por entre riscos y calafatales descendía la casi borrada senda que terminaba frente a la cabaña, rodeada de helechos y fucsias, donde Kupen cuidaba su fuego y guardaba sus recuerdos.

Yo había pasado muchas tardes de aquel verano escuchándola con recogimiento y adentrándome en el arcano milenario de las tribus que, en su incesante deambular, habían marcado toda la extensión de la Isla Grande con el resplandor

de sus fogatas, dando nombre al confín más austral del mundo: ¡Tierra del Fuego!

Kupen me miró llegar con un brillo complacido en sus ojos obscuros, y, como si nunca hubiéramos interrumpido nuestra conversación, comenzó a decir:

—No todo era paz en las tierras de Oneisin. Muchas veces los hombres se pintaban de rojo la cara, el pecho y los brazos, y los prudentes cazadores se convertían en fieros guerreros...

"En los faldeos de la montaña de Hantu acampaba una numerosa toldería cuyos habitantes gozaban de vida tranquila y feliz.

"Pero llegó un tiempo en que los niños de la tribu comenzaron a enfermar de extraño mal, y, a pesar de los cuidados que se les prodigaron y de que el viejo *johon* Koo usó de todas sus artes, no había día en que no muriera alguno. El llanto y el luto reemplazaron la alegría y la felicidad de antes.

"Una tarde, Koo, cuya ciencia resultaba impotente para curar a los niños, reunió a los ancianos y a los cazadores para revelarles que ya había descubierto el origen del mal: el hechicero Yoshken, el *johon* de la tribu acampada a orillas del lago Shaipot, movido por la envidia y usando ocultos poderes, era quien les enviaba el maleficio.

"El odio y la indignación exaltaron a los hombres de la tribu, que prorrumpieron en horribles gritos, clamando castigo; y esa misma noche, al amparo de la sombra y sin que nadie lo

supiese, una partida de jóvenes ardorosos tomó el largo y difícil camino del lago, para poner fin con sus propias manos al maléfico poder que los estaba aniquilando.

"Al amanecer del tercer día corrió de boca en boca, en la tribu del lago Shaipot, la noticia de la terrible muerte de Yoshken, el poderoso mago, cuyo cuerpo estaba clavado al suelo de su *kaowe* por flechas tan largas como las ramas del calafate blanco que crecía en la montaña de Hantu. Quedaba un solo camino de desquite: ¡la guerra!

"La tribu de Koo, alertada por sus espías de la decisión de los hombres de Yoshken, no conoció descanso. El *johon* puso bajo el mando de Rolio, un espigado y fuerte mocetón de mirada inteligente y actitud decidida, a los más jóvenes y osados cazadores, exigiendo de cada uno que regresara cada tarde con un guanaco sobre las espaldas.

"La tribu debía quedar bien aprovisionada de carne; las mujeres tendrían que preparar las capas que servirían de escudo y parapeto a los guerreros; los ancianos elegirían los nervios y los tendones con que se armarían las flechas y se torcerían las cuerdas para los arcos; los muchachos recién iniciados atraparían en las vegas y lagunas caiquenes y cisnes, y, del bosque cercano, los más experimentados traerían los troncos de hayas y las ramas más rectas y firmes de los calafates para dar a cada hombre un arco nuevo y una nueva provisión de flechas.

"Ya no había horas de holganza, ni hombres echados sobre los quillangos, ni niños escuchando embelesados viejas historias. Los jóvenes llenaban todo su tiempo adiestrándose en las tácticas del combate. Rolio los conducía en largas marchas por los cerros empinados, veloces carreras por la maraña del bosque, cruces de las aguas profundas y rápidas de los ríos, saltando entre las piedras o tomándose de las manos para resistir la correntada. Por las tardes ejercitaban su puntería sobre las aisladas parejas de bandurrias que cruzaban el cielo o la zigzagueante carrera del zorro entre las matas. Los más diestros artesanos preparaban los arcos y las flechas, usando con habilidad las toscas herramientas para sacar de bajo la corteza de las hayas la madera resistente y flexible que daría arcos tan largos que llegaban hasta el hombro del guerrero. De las ramas de calafate blanco, rajadas en cuatro y enderezadas al fuego, pulían otras tantas flechas y les aplicaban las agudas puntas de pedernal pacientemente tallado y las dos plumas de ala de cisne o caiquén que darían dirección a la saeta.

"Un día Koo dio la orden. Todo estaba pronto. Había llegado el momento decisivo. Se plegaron los toldos y las mujeres cargaron otra vez con sus hogares errantes. Los rayos oblicuos del sol fueguino alargaron una vez más sobre la pampa la silueta de una lenta caravana de sombras encorvadas por atávica servidumbre y agobiadas,

ahora, por un incierto destino. Hasta las jovencitas ayudaban a transportar las provisiones y las armas de repuesto de los guerreros. Había que dejar a todos los hombres en libertad para la lucha.

"A las pocas jornadas, los vigías de ambas tribus dieron la voz de alarma. Las mujeres buscaron lugares seguros donde, en caso de que la suerte les fuera adversa, podrían esconder a sus hijos, tapándolos con ramas y tierra, alejándose luego a regular distancia para desorientar a los contrarios con grandes gritos y lamentos.

"Los guerreros de ambas tribus se situaron sobre unas lomas en campo abierto, semiocultos entre los bajos matorrales. La pampa se extendía entre un tupido bosque de robles y el cauce pedregoso de un río. Con los desnudos cuerpos pintados de rojo; sobre sus cabezas el oscuro *cochel*, cazador; pendiente del brazo izquierdo la capa de guanaco a manera de escudo; empuñando el arco con la diestra y tomando con los dientes la aljaba repleta de flechas, las dos líneas enemigas fueron acortando distancias hasta que quedaron frente a frente, observándose, sin decidirse a comenzar el combate.

"Los del lago Shaipot resolvieron entonces provocar a sus atacantes. Entre todas sus mozas eligieron a la más bella, la desnudaron y la obligaron a ponerse de pie en un promontorio fuera de los parapetos. Uno de los más feroces guerreros incitó a sus enemigos con gestos procaces, mientras les gritaba:

"—Estas son nuestras mujeres. Si sois hombres, ¡venid por ellas!

"El reto desencadenó la batalla con furia. Millares de flechas entrecruzaron su diálogo de muerte, incrustándose en escudos y defensas. Los gritos de guerra, las injurias y los alaridos de dolor llenaron el aire.

"Los hombres de la montaña de Hantu, excitados por el ánimo de venganza y por la tentación, cuya imagen era la bella adolescente, redoblaron su furor combativo. Sin embargo, el más esforzado de los guerreros se quedó inmóvil, atónito. Rolio había reconocido la figura que sus enemigos exhibían al frente de sus líneas. Allí estaba esa adorable muchacha que él viera apenas una vez en una de sus andanzas, pero que siempre llevaba en su recuerdo como el ideal del amor y la belleza. Allí estaba confundida de vergüenza por el escarnio que hacían de su pudor y expuesta al vejamen y a la muerte.

"Rolio salió de su estupor. De un salto se puso frente a las líneas, y, en veloz carrera, entre el silbido de las flechas, esquivando con inaudita temeridad los dardos y las piedras, llegó hasta el pedestal donde se alzaba la joven. La súbita acción de Rolio paralizó a los guerreros. Envolvió en su capa a la muchacha y llevándola en brazos desapareció con ella en el bosque cercano.

"Repuestos de la sorpresa, los enemigos, afanados los unos en apresar a la joven e impulsados los otros por el deseo de castigar al audaz raptor, se lanzaron contra los refugiados del bos-

que. En breve plazo los rodearon y fueron estrechando el cerco para evitar su evasión.

"Rolio se defendía con bravura, disparando rápidamente sus flechas, mientras señalaba a la joven un lugar seguro fuera del alcance de los atacantes. Pero ella, prendada del hombre que con su audacia la había salvado del apetito de unos y de la jactancia de los otros, se dispuso a morir a su lado. Rolio esquivaba hábilmente las flechas que iban a clavarse en los añosos troncos o se perdían en la tupida maraña de la selva. Los pájaros habían huido y el bosque milenario quedó silencioso. El cerco de los atacantes se cerraba inexorable. Detrás de cada árbol había ya un enemigo, pronto y despiadado. Rolio afinaba la puntería y a cada disparo suyo respondía un grito de dolor o el ruido de un cuerpo que caía pesadamente al suelo. La joven de la tribu del lago, cada vez más admirada del increíble valor del guerrero, recogía las flechas que caían cerca o arrancaba con gran riesgo de su vida las que se incrustaban en los árboles y con ellas rellenaba la aljaba de Rolio. La ayuda de la joven renovaba las fuerzas del guerrero, que multiplicaba su acción con mayor denuedo. Ya no luchaba por su vida. Luchaba por su recién nacida felicidad.

"Largo tiempo se prolongó el inaudito combate; la joven pareja no se rendía, y cada vez eran mayores las bajas debidas a los certeros flechazos de Rolio. Ya los rayos del sol se filtraban oblicuos por entre las altas ramas y no tardarían en llegar las sombras de la noche.

"Los atacantes, admirados ante tan denodada resistencia, resolvieron hacer una tregua. Los que fueran amigos antes y eran enemigos ahora, habían llegado a olvidar la verdadera causa de la guerra para unirse en un deseo común de venganza contra una pareja de jóvenes que demostraba estar animada por una fuerza sobrenatural. Y el viejo *johon* Koo, aquel que sin calcular las consecuencias había lanzado a las tribus al combate, meditó largamente y dijo:

"—Esos dos que contra nosotros luchan en defensa de sus vidas están unidos por algo mucho más grande que la venganza: el amor. Si nosotros, por venganza, nos juntamos, dejemos que ellos, por amor, ¡se unan para siempre!

"Depusieron sus armas los guerreros y dejaron salir de la espesura a Rolio y su amada. Ella había recibido una herida en el dorso de la mano, pero no sentía dolor: la cicatriz le recordaría siempre que había detenido una flecha que iba certera al corazón de Rolio.

"Desde entonces, muchas lunas vivieron en paz ambas tribus a orillas del lago Shaipot y en las montañas de Hantu. El *johon* Koo murió venerado por todas las gentes de Oneisin, pues fueron muchos los enfermos que sanó sacando de sus cuerpos los malos espíritus. Y Rolio, el arquero del bosque, y su mujer fueron felices en medio de la algarabía que en torno a su *kaowe* elevó la ronda alegre de sus muchos hijos.

La anciana Kupen cerró los ojos como para evocar mejor sus lejanos recuerdos, y su rostro se iluminó con una vaga sonrisa...

—Kupen —la reconviene suavemente—, no me has dicho el nombre de esa bella muchacha de la tribu del lago...

—Lo he olvidado. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Y cuando Kupen empuñó la rama de roble para avivar las brasas, observé que el dorso de su mano derecha estaba surcado por una antigua, casi invisible cicatriz.

GUIA DE TRABAJO

RECORRAMOS EL MISTERIOSO MUNDO DE LAS LEYENDAS CHILENAS

I. EJERCITA TU COMPRENSION Y BUENA MEMORIA CONTESTANDO ESTAS PREGUNTAS:

El derrotero del gringo loco

Ordena cronológicamente los hechos de esta leyenda, escribiendo el número respectivo en la línea inicial.

a) _____ Míster Thomas O'Ryan encuentra una mina de oro.

b) _____ Thomas O'Ryan se encomienda a Dios y promete no revelar a nadie la ubicación de la veta de oro.

c) _____ Un simpático inglés se estableció en 1883 en Arica.

d) _____ El inglés enfermo decide visitar las Termas del Flaco en las proximidades del Tinguiririca.

e) _____ El párroco que confesó al gringo loco obtuvo el croquis incompleto con la ubicación de la mina de oro.

La Tirana del Tamarugal

1. ¿Por qué motivo Diego de Almagro se hizo acompañar a Chile por personajes quechuas?
2. ¿Quién fue la Tirana del Tamarugal y por qué se la llamó así?
3. Completa este texto con las palabras que faltan:
   "Una noche Vasco de _____ soñó con la Virgen del _____ , quien le señaló la _____ para llegar a

la fabulosa _____ del Sol, un legendario yacimiento de _____ famoso entre los quechuas. _____ a sus compañeros el _____ Vasco de Almeida partió solo por la Pampa del _____ , penetrando en los dominios de la _____ , cuyos guerreros lo tomaron _____ y lo llevaron ante la _____ ".

4. ¿Con qué ardid prolongó la Tirana la vida de su amado?
5. Investiga sobre la Fiesta de la Tirana que se realiza en Chile el 16 de julio de cada año.

Juan Soldado

1. ¿Por qué Juan Díaz fue desterrado de La Serena?
2. ¿Por qué Juan Díaz fue condenado a muerte?
3. ¿Qué obstáculos debió superar Juan Soldado para unirse a su amada?
4. ¿Cómo protege Dios a los enamorados de la furia de sus enemigos?
5. ¿Qué hecho portentoso ocurre los Viernes Santo en las cercanías de La Serena?

El Hombre Pájaro

1. ¿Cómo se rinde culto al dios Make-Make en Te Pito Te Henua?
2. ¿Quiénes llevaron los pájaros a los islotes de Motu-Nui y Motu Iti?
3. Indica qué tarea le corresponde a cada personaje en la fiesta del Hombre Pájaro:
   Hopu _____
   Haka-Rongo-Manu _____
   Tanganata-Manu _____
4. Completa este párrafo escribiendo las palabras que faltan:
   "Luego el Hombre _____ se cortaba el _____ y al recibir el sagrado _____ , salía acompañado en _____ de una jubilosa comparsa, por toda la _____ , llevando en una mano el _____ y en la otra la _____ de su cargo ao. Durante un año era tapu, o sea _____ y debía vivir a lo menos durante _____ meses en absoluto _____ ".

La Laguna del Inca

1. Completa los espacios en blanco, escribiendo la palabra que falta:
   "La leyenda recuerda que la princesa era una _____ joven, la más bella de todo el _____ imperio inca, que era fina y _____ y que sus ojos eran _____ , dulces y de un maravilloso color _____ , y que el príncipe la amaba con _____ ".
2. ¿Cómo y cuándo muere la princesa Kora-lle?
3. ¿Por qué y cuándo la laguna adquirió el color esmeralda?
4. Cuenta el final de la leyenda.

Las Tres Pascualas

1. Completa los espacios en blanco, escribiendo la palabra que falta:
   "Fueron tres jóvenes _____ , que hace, ya mucho, se pasaban el día _____ de la laguna. Lavaban, cantaban _____ canciones y esperaban el _____ . Una y mil veces se miró _____ en las verdes aguas y siempre _____ a las tres jóvenes con los mismos _____ y con igual _____ ".
2. Explica y comenta este párrafo:
   "Y vinieron días en que desaparecieron la alegría y la concordia entre las tres lavanderas, se espiaban, se hablaban y miraban con recelo; sus cantares ya no eran de esperanza, sino de traiciones y malaventuras".
3. ¿Cómo y dónde desaparecieron las Tres Pascualas?

Lican Ray

Indica si estas afirmaciones son verdaderas o falsas, escribiendo V-F donde corresponda:

1. _____ El joven soldado español conoce a Lican Ray en la orilla del lago Calafquén.
2. _____ Lican Ray y el guerrero araucano viven un intenso amor.
3. _____ Curilef era un cacique que odiaba a los españoles.

4. _____ El frío invierno significó la muerte para la pareja de enamorados.
5. _____ Los enamorados no prendían fuego pues serían descubiertos por los guerreros araucanos.

Licarayén

1. ¿Por qué Licarayén es elegida para el sacrificio?
2. ¿Con qué palabras consuela Licarayén a su padre al saber que será sacrificada?
3. En relación al Toqui Quiltrapique, indica cuál afirmación es falsa:

   a) Le saca el corazón a Licarayén.

   b) Se mata atravesándose el pecho con su lanza.

   c) Mantiene prisionero al maléfico Pillán.

   d) Vive con Licarayén en un palacio florido.
4. ¿Quiénes pueden admirar el palacio de helechos y flores de la Quebrada del Diablo?

El Caleuche

1. ¿Por qué don Segundo no acepta embarcarse?
2. Describe la ilustración que aparece en la portada del libro.
3. ¿Qué hechos fantásticos o sobrenaturales ocurren en esta leyenda?
4. Inventa otro título para esta leyenda.

El arquero del bosque

1. ¿Cuál fue la causa de la guerra entre la tribu de la montaña de Hantu y los hombres del lago Shaipot?
2. ¿Cómo demuestra Rolio su valor y buenos sentimientos en la batalla final?

3. ¿Quién es el arquero del bosque y qué relación tuvo con Kupen?
4. Explica y comenta estas palabras del viejo Koo:
   "Estos dos que contra nosotros luchan en defensa de sus vidas están unidos por algo mucho más grande que la venganza: el amor. Si nosotros por venganza nos juntamos, dejemos que ellos por amor ¡se unan para siempre".
5. ¿Cómo descubre el narrador la verdadera identidad de Kupen?

II. AUMENTA TU VOCABULARIO

Algunas de las leyendas recopiladas en este libro pertenecen al acervo cultural del Sur de Chile, donde tuvieron y tienen su hogar los mapuches que en el pasado remoto demostraron su valor, defendiendo sus tierras en la gesta heroica de la Guerra de Arauco.

Como fruto de este encuentro y convivencia entre los pueblos mapuches y los españoles se forjó la nación de Chile, se escribió la historia y nació la leyenda que corrió de boca en boca.

Esta fusión se manifestó también en el idioma castellano hablado en Chile que incorporó numerosas palabras mapuches, tales como los siguientes nombres de lugares, cuyo significado es interesante conocer:

Ancud:	Asiento de la piedra de moler
Buin:	Lugar a gusto
Cautín:	Río en que abundan los patos
Colchagua:	Aguas con renacuajos
Coñaripe:	Sendero de los guerreros
Coihaique:	Toldería
Chiloé:	Isla de las gaviotas
Doñihue:	Lugar de vezas
Elqui:	Lo dejado en herencia
Yumbel:	Arco iris reluciente

1. Une cada una de estas palabras mapuches con el significado correspondiente de la segunda columna, escribiendo la letra respectiva.

a) diuca
b) cholga
c) chilco
d) charquicán
e) charqui
f) copihue
g) copucha
h) Colocolo
i) pudú
j) tricahue
k) Yelcho

1. ____ Invención mentirosa.
2. ____ Carne cortada en tajadas y secada al sol.
3. ____ Pajarito cantor.
4. ____ Marisco de ese nombre.
5. ____ Ola que lleva espuma.
6. ____ Loro verde o papagayo.
7. ____ Arbusto de hermosas flores rosadas.
8. ____ Pequeño ciervo chileno.
9. ____ Flor del bosque chileno, nombre científico "Lapageria rosea".
10. ____ Gato montés y nombre de cacique chileno.
11. ____ Guiso preparado con charqui.

2. Une cada palabra con su antónimo, escribiendo la letra en la segunda columna:

a) cordial
b) padecimiento
c) resolución
d) proximidades
e) aplacar
f) arribar
g) locuaz

1. _____ zarpar
2. _____ lejanías
3. _____ lacónico
4. _____ huraño
5. _____ dichas
6. _____ excitar
7. _____ indecisión

3. Reemplaza la palabra destacada por su sinónimo; selecciónalo de esta lista:

Comitiva - alzado - internándose - región- importantes - bondad - gallardo - superficie

a) La Ñusta huyó poco después *adentrándose* en la Pampa.

b) Numerosos guerreros de otras *comarcas* acudían a ponerse bajo el mando de la Tirana.

c) Vinieron a Chile tres *linajudos* personajes.

d) Eran escoltados por un *séquito* de sacerdotes y capitanes quechuas.

e) Manco se había *sublevado* contra los conquistadores.

f) Vasco de Almeida era un joven y *apuesto* minero portugués.

g) Se ha implorado la *benevolencia* de su raza.

h) Creíase el más poderoso sobre la *faz* de la tierra.

4. Averigua el significado de estas palabras y escribe un pequeño relato en el que las utilices:

   achaque - estocada - intrépido - opaco - vistoso - collado - hostil.

5. Explica el significado de estas palabras mapuches y pascuenses que aparecen en las leyendas:

   Aliumanche: _____
   Lican Ray: _____
   Te Pito Te Henua: _____
   Tanganata-Manu: _____
   Tapu: _____

III. EXPRESION PERSONAL

1. ¿Cuál de las leyendas te gustó más? ¿Por qué?

2. Dibuja y describe una de estas jóvenes en un momento importante de sus vidas:
   a) Licarayén b) Lican Ray c) Kupen

3. Inventa un diálogo entre Lican Ray y el español, que muestre sus sentimientos cuando escapan de los mapuches de isla en isla.

4. Escribe la continuación de la leyenda de Las Tres Pascualas a partir de este pasaje:
"Desaparecieron las Tres Pascualas; pero los ancianos aseguran que no han muerto. Viven en un palacio encantado en el fondo de la laguna para no volver a sufrir una nueva decepción amorosa".

5. En siglos pasados se estilaba defender asuntos de honor a través de un duelo entre los afectados, que muchas veces terminaba con la muerte de uno de ellos. Sin embargo doña María de la Peña se opone a ellos diciéndole a Juan Soldado:
"Un desafío es un acto temerario, es un acto de ira condenado por Dios y los hombres".
¿Cómo crees tú que deben arreglarse los problemas de honor?

6. Lee en voz alta este poema pascuense y su traducción al castellano y memorízalo. Anímate a aprenderlo en el idioma de los isleños.

Te mata o too tangi te vahine	Ojos llorosos de mujer
mai te mata o te manu é	como los ojos de un ave.
E aué taaku poki nei é;	¡Ay!, niña mía, regresa,
Mo hiri, mo toka nei	regresa y quédate,
cai mo hiri, mo toka nei	regresa y quédate aquí,
i te pae e te umu é...	junto al fuego del hogar.

7. Lee este hermoso poema pascuense, y escribe una leyenda ambientada en Isla de Pascua, basándote en el contenido de esta obra.
Puedes incluir también un personaje típico de la isla: el Aku-aku. Los Aku-aku eran espíritus descarnados que aparecían con los ojos muy abiertos y sirvieron de inspiración para el tallado de los moais. Existen Aku-aku de muchos tipos: buenos, malos, traviesos y a veces se aparecen a los humanos para asustarlos o aconsejarlos.